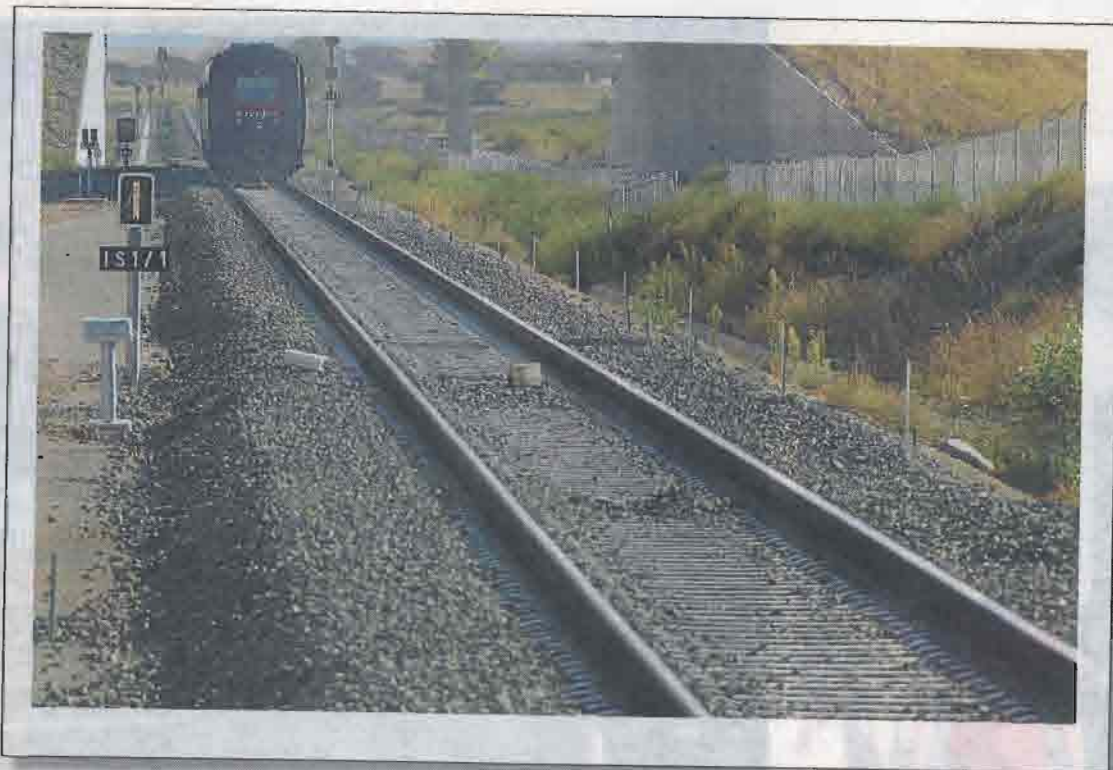


Un cuento con tren

La escritora aragonesa Ana Alcolea, flamante ganadora del Premio Cervantes Chico, inicia aquí esta serie de relatos veraniegos sobre viajes. Ella se remonta a la época de sus abuelos, que vivieron de cerca el descarrilamiento de un tren de la línea Calatayud-Valencia en Luco de Jiloca en 1904



La imagen del viaje está indisolublemente unida al tren. Las estaciones son lugares de tránsito. HERALDO

UN VIAJE POR ARAGÓN

ANA ALCOLEA

Escritora. Premio Cervantes Chico

Mi abuela vivió su infancia entre modernas estaciones de tren y viejos campos de remolacha y de azafrán. Mi bisabuelo era jefe de estación. De su primer destino, una aldea gallega, pasó a la capital. Y de allí al Central de Aragón, que discurría entre Sagunto y Calatayud. Le tocó dirigir la circulación del ferrocarril en Albentosa, en Caminreal y en Villafranca.

Estaba en Caminreal cuando el accidente del tren correo número seis en Luco de Jiloca. Aquella tarde de junio había habido tormenta, y la recua de niños que había parido Agustina, mi bisabuela, estaban en la cocina, secándose las ropas en el hogar. Los pequeños habían estado jugando junto a las vías hasta que ya no quedó otro remedio que entrar. El tren correo se había detenido como de costumbre a su hora. Nadie se había apeado, solo unos cuantos hombres habían bajado para aliviarse.

A las hijas del jefe de la estación les gustaba meterse entre los vagones y observar lo que hacían los desconocidos cuando todos se ponían de espaldas al tren. Ver hombres con levita que hacían lo mismo que su padre les movía a chanza, y jugaban a inventarse historias sobre ellos.

Esa tarde había llovido ya mucho, y el cielo empezaba a tronar. Oscurecía y los relámpagos cortaban el cielo en líneas caprichosas. Las niñas habían salido a jugar, pero el ruido que venía desde la casa de las estrellas las había hecho regresar a la esta-



Puente antiguo de Luco de Jiloca. JAVIER ESCRICHE



Estación de tren de Caminreal. ANTONIO GARCÍA



El Jiloca, que atraviesa Caminreal, a su paso por Luco. JOSÉ MIGUEL MARCO

ción. Mi abuela llevaba las enaguas manchadas de barro y el pelo chipiado. Lloraba porque le daban miedo las tormentas. Había nacido en una corrala de Madrid, donde no se oían los truenos como en aquellos pueblos de Aragón a los que los habían destinado las deudas de su padre en la capital: el sueldo del ferrocarril desaparecía entre largas piernas y bocas pintadas. Vieron el tren desde la venta-

na cerrada de la cocina. La lluvia convertía el humo de la locomotora en una capa viscosa que cubría vagones y ribazos. Todo era gris y negro aquella tarde. Hasta las sotanas y los birretes de los curas que bajaron del vagón de primera. Las niñas nunca habían visto hombres vestidos con faldas. Mi abuela se preguntó si llevarían enaguas como las suyas. Aplastaba la nariz en el cristal para verlos me-

jor. Todos fueron al otro lado del tren para hacer lo que todos los hombres, pero remangándose las faldas, como hacían ella y sus hermanas. El tren siguió su rumbo a pesar de la tormenta, y todo el mundo en la estación se echó a dormir. A la mañana siguiente, el telégrafo no dejó de sonar.

—¿Qué pasa, qué pasa?—preguntaron al padre, que tenía la cara desencajada.

—El tren correo, el que pasó ayer tarde con la tormenta, ha tenido un accidente. Hay cinco muertos. La riada se llevó el puente, y el tren no pudo frenar a tiempo. Una catástrofe.

A mi abuela le dio un escalofrío: esa noche había soñado con sotanas y birretes.

Nunca supo que aquellos tres hombres ya no existían cuando soñó con ellos. Y con sus ropas sin botones.